

REVISTA DE LIBROS

VIAJES CLASICOS

LOPE DE AGUIRRE

Dos sotolíneas

Don Emiliano Jos ha terminado sus estudios universitarios de Historia redactando una tesis de gran valor: "La rebelión de Lope de Aguirre en la expedición de Ursúa al Dorado".

Mercede sotolinearse esta tesis con tres rayas. Una, bajo el nombre del autor. Otra, bajo la excelencia del autor.

El autor, un aragonés, Emiliano Jos: un benemérito tozudo. Se empeñó en demostrar unas cuantas cosas al Sr. Ispizúa: hasta conseguir. Se empeñó en descubrir el itinerario de los Marañoses para llegar al Atlántico, y dió en el itinerario. Se empeñó en verificar hallazgos sobre la oscura página de historia americana que representaba Lope de Aguirre, y los verificó.

Emiliano Jos: 37 fotografías en el texto, 20 manuscritos examinados, 300 obras impresas consultadas. Apéndice documental con 149 números. Archivo parroquial de Oñate. Archivo de Indias. Archivo Histórico Nacional. Academia de la Historia. Biblioteca Nacional de Madrid y de París. British Museum. Sociedades Geográficas de tres naciones.

Emiliano Jos: Impresión en Huesca de todo eso. En una edición voluminosa, algo estropajosa y algo provinciana.

Emiliano Jos: Entusiasmo, perseverancia, esfuerzo atlético de acarreo. Y un cascabel, levemente fantástico, en la sensibilidad de hacer resonar las cosas.

Tal vez en la Historia de la Conquista de América no haya existido un episodio más delicado de historiar que el llamado de "la rebelión de Lope de Aguirre". Ni figura más trabajosa de perfilar que la de este "Aguirre", apodado por la leyenda "el loco".

Por eso no es de extrañar que Emiliano Jos, tras depositar honestamente todo el estuario de sus papeles documentales, se quede vacilando para caracterizar la psicología de su historiado. Y se apoye, sin apoyarse del todo, en las insinuaciones de los tres artistas que enfocaron hasta ahora la silueta del aventurero de Oñate: Pío Baroja, Ciro Bayo y Blanco-Fombona.

Baroja, en las "Inquietudes de Shanti-Andía" (págs. 140-1), apresó a este hombre de acción, vasco por los cuatro costados, en una plumada de alucinante simpatía. Fué un asesino, un loco, tal vez un canalla. Pero no se sabe por qué se lleva al final de cuentas nuestra simpatía—piensa Baroja.

Tras conocer ahora toda la apor-

tación documental de Emiliano Jos debía volver Baroja de nuevo a rediseñar este hombre de acción, y no de pasada, sino en una monografía novelesca.

Lope de Aguirre fué un hidalgo del solar guipuzcoano lanzado a América en sed de oro y de poder. Flaco, miserable de físico, logrando andando el tiempo, la grandeza de los grandes hombres de la Conquista.

Una grandeza turbia, roja, impulsiva. Pero una grandeza.

Asesinó a su capitán, el noble navarro Pedro de Ursúa, al ir a conquistar el Dorado. Y asesinó luego a quien se le puso delante. Y aun al que no se le puso. En caso para él fué sembrar el terror para llegar a la hazaña más audaz ocurrida en la América de los primitivos conquistadores: proclamar la primera independencia frente a la Metrópoli. Escribir la primera carta rebelde a la Monarquía. Renegar de la patria por vez primera para nacionalizarse en la tierra descubierta y conquistada.

Seguir el itinerario vital de este vasco turbulento y atroz es una de las tareas más subyugadoras para el amigo de estructuras humanas. Monstruo en puro instinto, sin respetos y sin miedos a ninguna ley y a ningún afecto, desafiando a Dios y al Rey, a la mujer, al amigo, a la patria, Lope de Aguirre es uno de esos tipos del que el romanticismo hubiese podido apoderarse frenéticamente. Y hacer un mito desmesurado. Nietzsche—de conocerlo—hubiera quedado estremecido de angustia psicológica. Para acercarnos hoy a él habrá que tener en cuenta no sólo esos datos tremebundos, que le popularizaron en leyendas sombrías (perdurables en América hasta hace poco), sino (sobre todo) a los breves rasgos apostillados por el Sr. Jos: a) Que Lope de Aguirre se sentía cristiano en las ocasiones más feroces; b) Que asesinó a su propia hija de un dagazo, exclamando: "¡Hija mía! Por vergüenza de que muerto él llevara ella la afrenta de su nombre. Y c) Que muchos de los crímenes cometidos fué en medio de un terror persecutorio, en defensa premisa.

Viendo las estampas certamente reproducidas por Jos, de la selva amazónica. De los raudales del río Negro. Del Pongo de Aguirre atravesando la caudalosa del Halluaga. Y leyendo cuidadosamente, los documentos de "los rebeldes" en medio de aquel paisaje se comprenden mejor ciertas motivaciones de algunos hechos prematuramente censurados, por la Historia, en Lope de Aguirre.

La tesis de Jos tiene el alto valor de proporcionar utilaje muy fino para que una sensibilidad de "almas históricas" se lance ya al difícil piélago de ésta de Aguirre, con atinados sondeos.

Mientras aparece esa sensibilidad (Baroja, ¿se atreve a la tarea?), tributemos al benemérito, tozudo y admirable aragonés de la tesis "Lope de Aguirre" un manifiesto de cordial admiración.

Saia
 Agiri Zk.
 ARX. E. I. S. E. V.

SOL

Madrid, miércoles 25 de mayo de 1927

VISITA DE ESCUELAS

Santiago de la Espada

UN CASO DE SECUESTRO COLECTIVO

Es necesaria una misión especial que resuelva los problemas de esta región como los de Canarias y el valle de Arán.

Santiago de la Espada 20.—Esta información sería telegráfica o telefónica si Santiago de la Espada tuviera telégrafo o teléfono. Pero estamos—ya lo verá el lector—ante un caso inaudito e inverosímil de secuestro en masa. Ocho o diez mil habitantes de una región montañosa, con vega fértil, bosques y pastizales inmensos, vive aislada del mundo, incomunicada, secuestrada. El secuestro produce toda clase de lacras, desdichas y miserias. Si como escritor puede bastarme la tarea de ir dando forma lentamente a mis notas de viaje, como periodista no tengo derecho a guardar un día más las primeras observaciones de esta visita. Adelanto, pues, fuera de los artículos sobre escuelas, las conclusiones que voy deduciendo de cuanto veo aquí. Para ganar dos fechas en esta correspondencia, prescindo del peatón, que sale cuando quiere, y llegaré a Puebla de Don Fadrique, en la provincia de Granada, primero a caballo y luego en un automóvil que tiene dispuesto al otro lado del río Zumeta mi buen amigo D. Alfonso Ruiz Blázquez.

Esta comunicación por Granada sería cómoda y breve si no estuviera cortada por un enorme tajo de rocas abruptas y luego por los inmensos pinares del ducado de Huéscar, que durante siglos fueron como un desierto o como una manigua. Hoy el pinar del duque ha pasado a otras manos que supieron gestionar una carretera de la Puebla a Santiago de la Espada; pero servido el dominio particular, por cuenta del Estado, la carretera se detuvo ante un puente que se proyectó hace diez y siete

sería recibida con simpatía y tendría, además, la virtud de acabar para siempre con el secuestro de toda esta parte de la sierra del Segura, grande como una provincia.

Y ahora llego al objeto principal de mi viaje: la ignorancia de estos pueblos, en proporciones que parecen fabulosas y que no lo son. A su tiempo, hablaré detenidamente de ello; pero debo adelantar, como resultado de esta visita, que no hay incapacidad—ni siquiera limitación de la capacidad intelectual—en la población infantil de la sierra. Hay, sencillamente, pocas escuelas, y la degradación que fatalmente traen el abandono y el aislamiento; es decir, el secuestro, hace que nadie se interese, de verdad, en aumentarlas. Al llegar quise ver a los maestros. Pues bien, en Santiago de la Espada, villa de 2.427 habitantes, no hay ningún maestro. El que había, salió por traslado y no le ha sustituido nadie. Suplen la falta, heroicamente, un maestrillo, sin título, y dos maestras particulares, una de ellas muy buena. La otra es *la hermana Urbana*—aquí dicen cariñosamente “la hermana”, como en otros pueblos más rudos dicen “la tía”—y a su casa van sesenta párvulos que aprenden hasta multiplicar. Las niñas tienen dos maestras. Pero ya digo, no hay maestro. En la